

COLECCIÓN LOS AGRIPIANOS



EL BIBLIÓMANO IGNORANTE
SEGUIDO DE
**SI BUSCA LA VIDA BUENA, ¡COMPRE UNO
DE NUESTROS ESTILOS FILOSÓFICOS!**

LUCIANO

ESTUDIO INTRODUCTORIO DE IVÁN DE LOS RÍOS



errata naturae

Índice

Estudio introductorio. Seis notas infames sobre las cosas de siempre o cómo esquivar a Luciano sin ser descubiertos Iván de los Ríos	7
El bibliómano ignorante	33
Si busca la vida buena, ¡compre uno de nuestros estilos filosóficos!	59

Seis notas infames sobre las cosas
de siempre o cómo esquivar a
Luciano sin ser descubiertos

Iván de los Ríos

«Contienen más verdades las veinticuatro horas de un día
de la vida de un hombre que todas las filosofías».

Tratado del saber vivir para uso de las jóvenes generaciones
R. Vaneigem

1.

NUNCA HE VISTO UN LIBRO de Luciano en el VIPS. Frecuento a diario esas mesas llenas de colores, consejos y Jiménez Losantos y puedo jurar que ni una sola vez me he topado con un ejemplar de las obras de Luciano de Samósata. Coelho y Allendes sí, a granel, pero Lucianos ni uno. ¿Por qué voy al VIPS? Cualquiera sabe. ¿Qué tipo de pregunta es ésta? Voy como todos, para sentirme mejor, más crítico y más sabio en la sección letrada, es fama que nadie detecta la guasa, el pastiche y la lógica del mercado como el hombre instruido. Compró mucho y variado porque hay que saber de todo, pero puedo dejarlo cuando quiera.

2.

Esta introducción podría evitarse. Supongamos que Usted no se ha caído de un guindo y sabe que la Filosofía bien pudiera ser un camelo supino de proporciones homéricas. Pensemos, por ejemplo, que alguien tuvo a bien comunicarle que el filósofo de turno, el burócrata y el pensador televisivo poco o nada tienen que ver con el coraje de estar vivos y al acecho. Supongamos, en fin, que Usted también fue joven e inmortal y que alguna vez, por despiste o desarraigo o ambas cosas a la vez, tuvo el honor de asistir a los seminarios de un ilustre catedrático cuyas enseñanzas contradicen de modo inapelable el talante de sus acciones. Si Usted cumple al menos dos de estos tres requisitos, puede evitar estas páginas y pasar directamente a la traducción de Luciano —excelente, por cierto—. Si cumple los tres, ya está tardando. La razón es sencilla: usted sabe un rato. Usted sabe, por ejemplo, que la infamia ni se crea ni se destruye: la infamia se acredita, oposita, habita en los libros de autoayuda y en las mesas redondas, en los clubes, en los trajes, en todas y cada una de las sobremesas que no supimos rechazar a tiempo; la infamia se licencia, se doctora, invierte en másters, se subasta. La infamia se subasta y se adquiere y entonces la infamia ya no es la infamia sino el saber, el arte, el talento, la cultura. Cuando uno quiere darse cuenta es de-

masiado tarde. Resulta que ellos tenían razón. Tenían razón los Coelhos, las Allendes, los Ruices Zafón; tenían razón el catedrático impostor, el bufón y el diletante: la escritura es un producto y pensar no es más que un título, un currículo largo y bien nutrido, un estante repleto de libros cuanto más gordos mejor porque el saber, qué duda cabe, ocupa lugar. Usted sabe un rato de la infamia, sí señor, y eso le tranquiliza. Le tranquiliza pensar que en mitad de este desastre incoloro y apenas punzante que unos llaman inercia y otros sociedad del espectáculo, en mitad de la anestesia, digo, la mezquindad engendra sus propios monstruos, genios feroces milimétricamente acertados que desbaratan la farsa del mundillo intelectual —¡quién no ha llevado un Derrida bajo el brazo y bien visible en un vagón de metro!— y se ríen de nuestros deseos inducidos, de nuestras vidas IKEA, nuestros divanes, nuestros cruceros, los catálogos Taschen, los compendios de citas... Traidores legendarios, bofetones, Swifts, Twains, Lichtenbergs, Debords, Bolaños... Usted puede ahorrarse este prólogo porque hace tiempo que advirtió que Luciano de Samósata es un modo de hablar y una tormenta, un francotirador, el saboteador despiadado y letal que campa a sus anchas en el interior de nuestras perfectas vidas hipócritas. Un delator. El reverso de la pantomima.

3.

Edgard W. Said. Tampoco he encontrado libros de Said en las grandes superficies. Supongo que llegaron a mis manos como todo lo bueno, de repente. En cualquier caso, baste señalar que algunos libelos contienen casi tantas verdades como las veinticuatro horas de la vida de un hombre y que al menos uno de ellos, *Representaciones del intelectual*, del arriba mentado, esboza con precisión la imagen del intelectual contemporáneo: francotirador, perturbador del *statu quo*, inventor de estrategias de resistencia frente a la presión omnímoda e invisible de estructuras de poder filtradas hasta los rincones más secretos de nuestra cotidianidad; desmitificador que desvela los mecanismos de homogeneización y estandarización del pensamiento y la acción; un hombre libre, vaya, autónomo y con independencia de criterio que insiste en bombardear desde diversos flancos la tendencia narcótica de la sociedad de consumo y la sumisión a todo principio de autoridad infalible¹. Frente a la torpeza de movimientos del individuo estandarizado, la irrupción cínica, la agilidad del perro en el *Cinosargo*, la lucidez. Quién nos lo iba a decir, algunos libritos nos salvan la vida y nos cuentan que hay mentes apostadas en las azoteas. Lejos de engatusarnos —...*todo es vanidad y persecución del viento...*—, el intelectual nos inco-

¹ Said, E. W., *Representaciones del intelectual*, Paidós, Barcelona, 1996.

moda, nos desvela, nos delata. ¿Qué tiene que ver todo esto con Luciano de Samósata? No mucho, la verdad. Said remata en términos más bien solemnes el catálogo lacrado de la sociedad de consumo y la tiranía de los medios de comunicación. Luciano, ajeno —pero no tanto— a la globalización de la ideología, se conforma con destruir Grecia, inventar la ciencia ficción y mentir como un bendito². Said habla desde el exilio y la educación monumental. Luciano es un aprendiz de escultor venido a menos que parece un escritor pero que en realidad no es más que un viajero avisado con una imaginación borgiana —lean ustedes el prólogo del maestro argentino a las *Crónicas Marcianas*, de Ray Bradbury³,

² Tras haber leído toda clase de crónicas teratológicas y fábulas imposibles en las obras de la Antigüedad, Luciano se inscribe en el panteón de la literatura fantástica con esta declaración de intenciones: «En consecuencia, después de haber leído todas estas historias, no reprocho con dureza las mentiras de los hombres al ver que ya son un hábito entre quienes se las dan de filósofos. De ellos me admiraba su confianza en poder ocultar que no escribían la verdad. Así pues, yo mismo, deseoso por vanagloria de legar algo a la posteridad, a fin de no ser el único en no participar en la libertad de narrar fábulas, al no poder investigar nada verdadero, pues no he tenido ninguna experiencia digna de recuerdo, me he dedicado a la mentira, pero con mayor honradez que los demás, puesto que la única verdad que diré es que miento. De este modo, creo, evito la acusación de los otros si yo mismo convengo que no digo nada verdadero. Siendo así, escribiré sobre lo que ni he visto ni he experimentado ni he oído contar a otros, ni en absoluto existe y, aún más, ni puede llegar a producirse. Por ello, es necesario que los lectores no crean en mis palabras», Luciano, *Relatos Verídicos* 4-5, en *Luciano, Obras*, vol. iv, Alma Mater, CSIC, Madrid, 2007.

³ Bradbury, R., *Crónicas marcianas*, prólogo de J. L. Borges, Ediciones Minotauro, Buenos Aires, 1955.

después siéntense cómodamente en su sillón y degusten *Relatos Verídicos* de Luciano y, antes de caer rendidos, permítanse el visionado de *Viaje a la Luna*, de George Méliès—. Si todo esto no fuera suficiente, pensemos en esto otro: Edward Said perfila una imagen circunspecta de la figura del intelectual contemporáneo en la que Luciano, amante de la fantasía, la parodia, la sátira y el insulto despiadado, no entra ni con calzador —por no insistir en el hecho más bien banal de que el sirio tiene casi dos mil años—. No obstante, conviene mirar dos veces antes de perder toda esperanza: francotirador, perturbador, desmitificador, ágil, rápido, ligero... imposible no pensar en los dedos de Glenn Gould⁴. Por alguna razón que escapa a mis entendederas, la figura del intelectual se asocia, en primer lugar, a los filósofos, y en segundo lugar, al discurso formal, académico y siempre templado de dichos filósofos. Confieso que cuando digo «filósofo» no sé muy bien lo que quiero decir. Cuando digo «formal, académico y templado», en cambio, quiero decir lo siguiente: políticamente correcto, cargado de solemnidad, juicioso, sensato, grave, muy grave, ¡gravísimo! Será la primavera, pero lo cierto es que si asumo estos parámetros (francotirador, perturbador, desmitificador, ágil, rápido y ligero), lo pri-

⁴ Said, E. W., «Glenn Gould: la tragedia del pianista», en *Revista de Occidente* N° 207, 1998, pp. 130-143.

mero que se me viene a la cabeza es un texto de Woody Allen sobre la muerte de Sócrates, *My Apology*, acompañado de todos y cada uno de los atentados intelectuales absolutamente magistrales cometidos a lo largo de sus mejores páginas no rodadas⁵. Lo segundo, cualquiera de sus películas anteriores a la segunda mitad de los años 90 y, en particular, la danza con la muerte al final de *La última velada de Boris Gruschenko*. Lo tercero es Thomas Bernhard, cualquier discurso de aceptación de un premio literario pronunciado en público —y en Viena, a ser posible— por Thomas Bernhard, cuyo humor desbordante pasa desapercibido con demasiada frecuencia. Lo cuarto que se me viene a la cabeza es la imagen del poeta florentino Guido Cavalcanti apoyando su mano en uno de los sarcófagos del Corso Adimari y escapando de un brinco de micer Betto y sus secuaces⁶. Lo quinto, por supuesto, es el comentario siempre atento de Italo Calvino al pasaje de Bocaccio: «si quisiera escoger un símbolo propicio para asomarnos al nuevo milenio, optaría por éste: el ágil salto repentino del poeta filósofo que

⁵ Veamos: el psicoanálisis, la mafia, las memorias de guerra, la filosofía, las biografías, la tradición judaica, el ajedrez, las dietas, los libros de recuerdos, las películas de terror, las revoluciones en Latinoamérica, las novelas policíacas, los descubrimientos humanos, Ingmar Bergmann, Dios, la tragedia griega, la cultura de masas, la cultura popular, la cultura a secas... Allen, W., *Cómo acabar de una vez con todas con la cultura*, Tusquets, Barcelona, 2005.

⁶ Bocaccio, *Decamerón*, Ediciones Rueda, Madrid, 1991, vol. II, VI, 9.

se alza sobre la pesadez del mundo, demostrando que su gravedad contiene el secreto de la levedad, mientras que lo que muchos consideran la vitalidad de los tiempos, ruidosa, agresiva, rabiosa y atronadora, pertenece al reino de la muerte, como un cementerio de automóviles herrumbrosos»⁷. Después pienso en Jonathan Swift —«cuando en el mundo aparezca un verdadero genio, lo reconoceréis por este indicio: que todos los necios se conjuran contra él»— y advierto que a Luciano no lo menta ni el mismísimo Filóstrato en sus *Vidas de los Sofistas* y que, según nos informa el *Léxico bizantino* de Suda, murió descuartizado por una jauría de perros rabiosos⁸ —los mismos, sin duda, que despedazaron a Eurípides en la corte de Arquéalo—. Voy perdiendo mi escaso rigor científico y me acuerdo de los selenitas de Luciano y del *Informe para una academia* de Franz Kafka. Pienso en Orwell y en los siete mandamientos de la granja Manor⁹, en Chesterton y en Mark Twain, en la tendencia infame que nos obliga a comprender el buen humor

⁷ Calvino, I., *Seis propuestas para el próximo milenio*, Siruela, Madrid, 1998, p. 27.

⁸ S.v. Loukiano/j.

⁹ «1. Todo lo que camina con dos piernas, es un enemigo. 2. Todo lo que camina sobre cuatro patas o tiene alas, es un amigo. 3. Los animales no deben usar ropa. 4. Ningún animal dormirá en una cama. 5. Ningún animal beberá alcohol. 6. Ningún animal matará a otro animal. 7. Todos los animales son iguales». Orwell, G., *Rebelión en la granja*, Destino, Barcelona, 2003.

—que es lo mismo que el vigor, el coraje y la fuerza— como un aditamento prescindible e insignificante propio de actores y bufones pero nunca de grandes intelectos. Pienso en Aristóteles —que era todo menos gracioso— y Bergson y el *homo ridens* y entonces, de repente, con muchísimo cuidado, me detengo en la imagen de Giorgio Manganelli, trotamundos y amante de los dragones¹⁰, el más lucianesco de los lucianescos, que empleó el humor mordaz y el lenguaje contra la mezquindad y la atrofia del mundo contemporáneo. El gordo Manganelli entendió como nadie tres detalles sin importancia: 1) que el hombre, como afirma Agustín de Hipona, «*abyssus est*» («...desde la ínfima cima asómate, abandónate a tu precipicio. Sé fiel a tu descenso, homo. Amigo»¹¹); 2) que la salvación no existe, y 3) que, en caso de existir, la clave de todo enigma estriba en perder algo de peso y ajustarse cómodamente a ese hundimiento acaso inevitable, precipitarse a fondo, pero ligeros: «Hay quien espiralea dejándose caer: obsequio ante el destino,

¹⁰ «Il drago si dirige verso il luogo della propria uccisione. Che si sapia, questo è il solo modo di morire consentito ai draghi. Il drago si dirige verso le mura della città, in cui tuttavia non penetra mai; non ha interesse per i villani, ma cerca cavalieri, giacché solo da uno di questi otterrà morte... Il drago emette dalla bocca fuoco: che tiene luogo di favella. Egli ha verosimilmente molte cose da dire, ma la lunga solitudine l'ha reso disavezzo, e l'intima fatica esce in lingua di fiamma», Manganelli, G., *Centuria. Cento piccoli romanzi fiume*, Adelphi, Milán, 2001.

¹¹ *Hilarotragoedia*, Siruela, Madrid, 2006, p. 12.

diligencia ante las reencarnaciones, paciencia agónica; gula diferida de la muerte; libídina demorada del suicidio, sed sagazmente diferida del Hades; placidez de maneras, distinción en el coma, sentido del ritmo en el hundimiento...»¹². *Sentido del ritmo en el hundimiento...* ¡Impresionante!

Luciano se me antoja un francotirador por su agilidad en el combate literario y la eficacia mortífera de sus embestidas; un perturbador, por la insolencia orientada contra los valores al uso y la hipocresía reinante; un desmitificador, por su talante antirreligioso. Ágil, rápido y ligero, como Cavalcanti. Luciano dinamita la farsa en la que sucumben tanto el hombre antiguo como el contemporáneo porque esa farsa, cual Proteo, tiene más de un rostro y se llama astrología, superstición, paganismo o cristianismo, qué duda cabe, pero también diletantismo, incultura, alarde, camuflaje, delirio, grandeza, burocratismo, caciquismo, industria cultural. El letargo intelectual —¡que Aristóteles me perdone!— se dice de muchas maneras. Y ¡ay de aquéllos que piensen que la filosofía en píldoras es el antídoto perfecto!

Quaero enim... ¿un filósofo es siempre un francotirador? ¿Un francotirador se debe al estilo formal, académico y plomizo de los manuales al uso? ¿Lu-

¹² *Ibid.*, p. 73.

ciano es un filósofo? No a la primera. No a la segunda. No rotundo y sin ambages a la tercera y última pregunta impertinente.

4.

Hay cuatro modos de afrontar la biografía. El primero es el método tradicional o estándar, una retahíla cronotópica de fechas y lugares a pleno rendimiento. El segundo es el método Könisberg, expuesto con maestría por Woody Allen en su breve «Para acabar con las biografías» a través de la narración de las andanzas y desventuras del conde de Sandwich, a quien ya Friedrich Hölderlin dedicara estas palabras: «Liberó a la humanidad del almuerzo caliente. Todos estamos en deuda con él»¹³. El tercero es el método heideggeriano o ultra-método, concebido a toda prisa por el filósofo alemán Martin Heidegger en los años previos a la redacción de *Sein und Zeit*, probablemente durante alguno de sus seminarios sobre la historia de la filosofía. Es el más económico y socorrido de cuantos existen. Ahí va un ejemplo: «Aristóteles: nació; pensó; murió». El cuarto y último es el método nabokoviano o pseudo-ruso, que básicamente consiste en la reducción al absurdo del método heideggeriano mediante la

¹³ «Para acabar con las biografías», en *Cómo acabar de una vez por todas con la cultura*, op. cit., pp. 43-49.

escritura de una o varias novelas excelentes. Ahí va otro ejemplo: «Érase una vez un hombre llamado Albinus que vivía en Berlín, Alemania. Era rico, respetable, feliz. Un día abandonó a su mujer por una amante joven; amó; no fue amado; y su vida acabó en un desastre. Éste es el cuento, en suma, y podríamos haberlo dejado aquí si no fuera por el interés y el placer de narrarlo. Pues aunque basta el espacio de una lápida para contener, encuadrada en musgo, la versión abreviada de la vida de un hombre, los detalles siempre se agradecen»¹⁴.

Luciano nace en Samósata, al norte de Siria, entre los años 120 y 130 de nuestra era¹⁵. Un bárbaro engendrado en la periferia del imperio romano, un semita de nacimiento que, al modo de algunas de las mejores plumas de los siglos XIX y XX —Beckett, Ciorán, Korzeniowski o Conrad, Nabokov, Agota Kristof— escribirá en la lengua del enemigo íntimo en que acabará convirtiéndose. La condición extra-helénica de Luciano no le impedirá, sin embargo, conocer de primera mano la guisa espiritual de la cultura griega, de modo que, tras haber probado en su infancia las suertes de la profesión escultórica y recibir el castigo merecido por su infi-

¹⁴ Nabokov, V., *Risa en la oscuridad*, Anagrama, Barcelona, 2000, p. 9.

¹⁵ *El Sueño* es considerado como la fuente más fidedigna para toda aproximación biográfica a Luciano.

nita torpeza, Luciano decide dedicarse al oficio de las letras y viajar a la floreciente Jonia con el fin de dedicarse a la Retórica. Aprende griego, frecuenta el horizonte de los grandes poetas clásicos, se entrena en las técnicas persuasivas y compone discursos que va declamando por diferentes ciudades. Se convierte en abogado. Fracasa. La decepción y una patología ocular¹⁶ lo conducen a Roma, donde establecerá contacto directo con las tentaciones de la filosofía, las cuales, por un instante, parecen seducirle, pero a las que abandona por el lucro de las conferencias pagadas y el placer de los viajes: Siria, Palestina, Egipto, Rodas, Antioquía, Cnido, Italia, Atenas... Muere a dentelladas, como dijimos, bajo las fauces de los perros rabiosos —probablemente cristianos— referidos por Suda.

Como es evidente, de Luciano no nos interesan ni su infancia ni su adolescencia ni los escasos datos biográficos que él mismo nos oferta en el interior de sus escritos¹⁷. Nos interesa compren-

¹⁶ Sobre la oftalmía, el viaje a Roma y el supuesto encuentro con el filósofo Nigrino y las mieles teoréticas, vid. *Nigrino*. Sobre la dudosa autenticidad histórica de dicho encuentro, vid. Alsina J., en Luciano, *Obras*, Alma Mater, Barcelona, 1962, vol. I, Introducción general, p. xviii y ss., con abundante bibliografía al respecto.

¹⁷ Sobre estas cuestiones, vid. la introducción general de Alsina citada supra; vid. también Tovar, A., *Luciano*, Barcelona, 1949; Croisset, M., *Essai sur la vie et les œuvres de Lucien*, París, 1882; Gallavoti, C., *Luciano nella sua evoluzione artistica e spirituale*, Palermo, 1932; Helm, R., *Lukian und Menipp*, Leipzig, 1906.

der y, por ello, mapear un territorio conceptual marcado por tres hitos decisivos: Grecia, el cansancio y la huida. Todo elemento biográfico queda sometido al interés de estas coordenadas que, en realidad, podríamos redefinir en una sola sentencia, dislocada, plagiada y fuera de contexto, eso sí (pertenece a un chileno que apenas empieza a morir), pero extremadamente pertinente: los dos grandes temas de nuestro tiempo son el aburrimiento y la huida¹⁸. Lo dice Bolaño, insisto, que algo sabía de viajes sin retorno, pero bien podría haberlo dicho el burlón de Samósata. La época en la que Luciano ejerce su labor es una época fatigada y triste, un siglo perezoso y anémico de fuerzas del que sólo cabe escapar por medio de las ilusiones más grotescas de las que es capaz la mente humana: la religión, la superstición, la magia y, cómo no, la filosofía. Un siglo temeroso de la razón y la innovación científica, asustado frente a la libertad destilada del —con permiso— ocaso de los ídolos. La tarea de este escritor satírico del siglo II d. C. no será otra que la de fustigar sin descanso la metafísica del consuelo propia de toda superstición religiosa, denunciar la vanidad, la hipocresía y la mezquindad de los seres

¹⁸ Roberto Bolaño incluye la revolución y la muerte: la revolución, la muerte, el aburrimiento y la huida. Y añade el desierto, añade el horror, el viaje, la enfermedad, el mal, los peces de colores, la poesía... «Literatura + enfermedad = enfermedad», en: *El gaucho insufrible*, Anagrama, Barcelona, 2003, p. 143.

humanos y destruir sin demora el vicio de las sectas, la fe en las promesas realizadas por las múltiples escuelas filosóficas que, a juicio de Luciano, no son más que el origen nocivo de esas pequeñas joyas de escaparate navideño que nos enseñan a ser felices en menos de una semana. Paradójicamente, el siglo del emperador Marco Aurelio parece haber conocido un grado de prosperidad civil y económica extraordinario¹⁹, pero no deja de ser considerado por los especialistas como una época densa y debilitada, marcada por la desidia y la pereza mental, el tedio y la necesidad de generar espacios de fuga, refugios, latitudes de salvación mundana o sobrenatural²⁰. La salvación sobrenatural, como es costumbre, procede de la dimensión de la trascendencia. La mundana, en cambio, parece adquirir cierta popularidad en lo que sin duda constituye el primer ensayo de mercantilización del pensamiento filosófico. Si hay algo que enciende la maquinaria devastadora de Luciano es la aceptación cobarde e hipócrita de esa huida del mundo supuestamente necesaria. Alsina nos recuerda que se trata de un motivo constante en el imperio del siglo II d. C., y prueba de ello es Séneca y algunas de sus expresiones favoritas en torno a la *meditatio mortis*: «*a turba te separa*», «*fuge multitudinem*», «*in te*

¹⁹ Alsina, J., op. cit., p. xv y ss.

²⁰ *Ibid.*, esp. pp. XXI-XXXVIII.

secede»²¹... Luciano escribe contra la huida. Luciano escribe contra la fuga del mundo y su negación y, ante todo, contra las sectas filosóficas que pretenden agilizar nuestro abandono en cómodos plazos. La filosofía es cómplice de una pretendida victoria mundana que, en realidad, no es más que retirada y derrota, negación de la vida, camuflaje. Y lo que es peor: la *canalla* ha creído que la victoria está en venta y que su mero consumo garantiza el sopor de la vida buena.

5.

Denostar la filosofía es tarea sencilla. Justa en algunos casos. Imprescindible en casi todos. Calumniar a los filósofos es sencillo, justo y necesario, pero con una pequeña condición: hay que estar a la altura. Luciano está a la altura y, tal vez por ello, la grandeza de la filosofía se tambalea como nunca en las dos obras que presentamos en este volumen. De hecho, Luciano está tan a la altura que muchos seguimos preguntándonos si esa potencia negativa que arrasa las bondades de la vida filosófica no irá más bien dirigida contra el *uso* imprudente de las enseñanzas mismas, contra su banalización y su conversión en productos de feria. Entre los estudiosos de la literatura griega, existe una curio-

²¹ *Ibíd.*, p. xxiii.

sa contradicción a la hora de interpretar el papel de Luciano en el horizonte de las letras antiguas. Algunos han visto en el escritor sirio un pensador de primer orden enmascarado en un estilo cómico y mordaz, cuyas creaciones literarias estarían próximas a la lucidez de un Rabelais o un Voltaire²² —dinamita nietzscheana contra la superstición y el oscurantismo—. Otros, en cambio, niegan todo calado conceptual a sus obras y lo califican de vendedor de humo tendente al nihilismo cuyo sólo interés es ganarse el favor del público mediante la invectiva, la desvergüenza y la risa²³. Los más prudentes optan con acierto por el camino medio y rechazan tanto la interpretación de Luciano como un pensador digno de atención estrictamente filosófica como la reducción del sirio a una figura sin ningún tipo de interés teórico...²⁴ —son frecuentes las alusiones a Luciano como pensador mediocre, dada la frivolidad de sus temas y el tono desvergonzado de sus lances, pero tengo la impresión de que tras estos juicios podríamos hallar una incomprensión mayúscula del significado del término «filosofía» en la Roma del siglo II d. C.—.

De este modo, si bien Luciano puede ser considerado como un maestro de la composición

²² Chapman J., *Lucian, Plato and the Greek moral*, Oxford, 1931; Gallavotti, C., op. cit.

²³ Especialmente Helm R. en su *Lukian und Menipp*, op. cit., p. 6.

²⁴ Alsina J., op. cit., esp. pp. xxxix-xlix.

literaria interesado en la sofística, la retórica y el impacto del lenguaje escrito y hablado sobre el auditorio²⁵, lo cierto es que entre sus obras encontramos no sólo un cierto coqueteo con el pensamiento filosófico, sino una verdadera presencia de elementos teóricos concretos procedentes del cinismo y el epicureísmo griego —la figura del filósofo cínico Menipo de Gádara parece haber calado especialmente entre las preferencias de Luciano—. Todo esto está muy bien. Todo esto es verdad, qué duda cabe, pero la verdad no me interesa. Lo decía Deleuze mejor que nadie: «Yo creo en el secreto, es decir, en la potencia de lo falso, mucho más que en los relatos que dan testimonio de una deplorable creencia en la exactitud y en la verdad»²⁶; y algo más adelante: «Las nociones de importancia, necesidad, interés son mil veces más determinantes que la noción de verdad. De ningún modo porque la reemplacen, sino porque miden la verdad de lo que digo». Pues eso, que la verdad no me interesa, que me interesa lo importante y lo importante aquí, si bien recuerdo, es Grecia, el cansancio y la huida. Lo importante es que la mayor gloria de Grecia ha sido

²⁵ *Elogio de la mosca, Faláris, la estulticia, la Muerte...* Tómese cualquiera de los ejemplos de retórica encomiástica orientados a la inmundicia, el mal o la insignificancia, que tanto gustaron a los siglos venideros (Erasmus los adoraba) y tan buenos seguidores engendró en el seno mismo de la segunda Sofística: el ejemplo de Sinesio es particularmente elocuente (Sinesio de Cirene, *Elogio de la calvicie*, Errata naturae, Madrid, 2008).

²⁶ Deleuze, G., *Conversaciones*, Pre-textos, Valencia, 1996, p. 21.

el nacimiento de la filosofía, la apoteosis de la razón especulativa que observa, descifra e instruye de acuerdo con los parámetros básicos de una ontología ilustrada de la contingencia, i.e., una concepción del mundo basada en la explicación racional inmanente y el rechazo de toda dimensión trascendente como principio de legitimación y fuente de verdad; una visión del mundo que avanza sobre las ruinas del paradigma arcaico y la clausura ontológica que sintetiza la complejidad del cosmos en un principio religioso que todo lo abraza y envuelve; una propuesta, en fin, que asume la centralidad de las capacidades racionales —teóricas, técnicas, prácticas, productivas o, cómo decir: filosofía, ciencia, tecnología, historia, ética, política— en un universo abierto a la indeterminación del futuro, la posibilidad del azar y la finitud implacable y sin prórrogas de una vida mundana poblada de maravillas. ¿Dónde está Grecia en el siglo de Luciano? Ésa es la pregunta: Grecia no existe, la ilustración griega ha sucumbido ante el poder del oscurantismo y la superstición en una época en la que el hombre se niega a asumir su condición efímera. Grecia no existe y el cansancio, el tedio y la desidia generan nuevas estrategias de enfrentamiento e integración en un mundo cansino y caduco. Grecia se agota. Grecia exhausta. Grecia expira. A los ojos de Luciano, la fatiga griega está directamente relacionada con el auge de

la hipocresía y con una concepción eminentemente práctica del ejercicio filosófico. La filosofía se ha convertido en soteriología al mejor postor, un estallido de sectas arrogantes que ofrecen a sus adeptos la ilusión de la felicidad y la vida buena a través de un programa riguroso de ejercicios cotidianos tanto corporales como espirituales: la purificación del alma a través del silencio y la dieta, la memoria, la música, la geometría; la negación de la cultura humana como fuente de felicidad y sabiduría y la entrega a los instintos y las pasiones más bajas, el rechazo de toda institución, la armonía y el ajuste milimétrico de la Providencia, el disfrute de los placeres mundanos, la indiferencia frente a la vanidad de todos los deseos, el pesimismo llorón, la autarquía... Vistos así, todos y cada uno de los sistemas filosóficos parecen coincidir en la necesidad de ejecutar una determinada práctica de la existencia que, bien orientada, nos garantice la eliminación de todo sufrimiento y el disfrute de toda excelencia, la belleza y la plenitud... Grecia, la huida... Grecia exhausta... Luciano es implacable: la filosofía no sólo no ha conseguido despejar las perniciosas fábulas religiosas de la mente humana, sino que, además, trata de embaucarla con la ilusión y la esperanza de una recompensa —aquí y ahora, al alcance de la mano, a la vista y bien localizable, exactamente igual que en los pasillos de un supermercado, las zonas domésti-

cas en las grandes superficies, las tiendas de música, los concesionarios...— Protágoras lo había dejado ya bien claro y Luciano lo repite en su *Hermótimo*: la vida de un hombre es demasiado corta y la cuestión demasiado complicada...

De acuerdo. Uno lee *Si busca la vida buena ¡compre uno de nuestros estilos filosóficos!*, por ejemplo, y, por muchas ínfulas filosóficas que le atenacen, no le queda más opción que aceptar el juicio de Luciano: la filosofía como forma de vida orientada a la obtención de la felicidad, la vida buena y la excelencia de las virtudes es un despropósito. Muy bien. No obstante, insisto, el tono despiadado del texto levanta sospechas y deriva mezquinidades. En efecto, si leemos más allá o más acá en este librito, en dirección a *El bibliómano ignorante*, por ejemplo, veremos que la lógica del pastiche que subyace al comercio y la compra de los modos de vida filosóficos denostados por Luciano no dista gran cosa del sujeto ignorante presente en esas páginas:

«De verdad que lo que estás consiguiendo es lo contrario de lo que quieres. Tú crees que por comprar compulsivamente los mejores libros vas a parecer una persona con cultura, pero el asunto se te escapa de las manos y, en cierto modo, se convierte en una prueba de tu incultura. Es más, ni siquiera compras los mejores, sino que confías en cualquiera que

se ponga a elogiarlos y eres un chollo para quienes mienten sobre tales libros y un tesoro a punto para los que comercian con ellos. Porque, ¿cómo ibas a poder distinguir cuáles son viejos y muy costosos de los que son malos y además están envejecidos? ¿O es que puedes reconocer en qué medida están devorados y destrozados tomando a los gusanos como consejeros en el examen? Ya que de lo certeros o lo inequívocos que sus contenidos sean ¿qué forma de diagnóstico tienes?»²⁷.

Hipócrita lector, *mi amigo, mi hermano*, frecuentador del VIPS y otros sacros templos donde por un módico precio la cultura se convierte en un manjar irresistible, un apetitoso objeto de deseo, de consumo. Quiero pensar que en Luciano, en el Luciano invisible que se aculilla tras la sátira kamikaze, hay un hombre de bien que ama y respeta la filosofía; un hombre sensible que, sin embargo, denuncia sin escrúpulos a sus traficantes, a sus adeptos, a los alcornoques que hoy y siempre confunden la posesión con el valor... bla, bla, bla... Ni caso, no me hagan ni caso... La huida, el cansancio, la esperanza... Luciano de bruces contra todos nosotros...

²⁷ Luciano, *El bibliómano ignorante*, Errata naturae, Madrid, 2009, p. 35.

6.

...frecuento a diario esas mesas llenas de colores, consejos y Jiménez Losantos y puedo jurar que ni una sola vez me he topado con un ejemplar de las obras de Luciano de Samósata. Revertes y Punsets sí, a granel, pero Lucianos ni uno. ¿Por qué voy al vips? Cualquiera sabe. ¿Qué tipo de pregunta es ésta? Voy como todos, para sentirme mejor, más crítico y más sabio en la sección letrada, es fama que nadie detecta la guasa, el pastiche y la lógica del mercado como el hombre instruido. Compro mucho y variado porque hay que saber de todo, pero puedo dejarlo cuando quiera... Lo dicho, Luciano de bruces contra todos nosotros...

El bibliómano ignorante

DE VERDAD QUE LO QUE estás consiguiendo es lo 1
contrario de lo que quieres. Tú crees que por
comprar compulsivamente los mejores libros vas
a parecer una persona con cultura, pero el asunto
se te escapa de las manos y, en cierto modo,
se convierte en una prueba de tu incultura. Es
más, ni siquiera compras los mejores, sino que
confías en cualquiera que se ponga a elogiarlos y
eres un chollo para quienes mienten sobre tales libros
y un tesoro a punto para los que comercian
con ellos. Porque, ¿cómo ibas a poder distinguir
cuáles son viejos y muy costosos de los que son
malos y además están envejecidos? ¿O es que puedes
reconocer en qué medida están devorados y destrozados
tomando a los gusanos como consejeros

en el examen? Ya que de lo certeros o lo inequívocos que sean sus contenidos, ¿qué forma de diagnóstico tienes?

2 Pongamos que se te hubiera dado a elegir entre aquéllos que el buen Calino o Ático¹, que es muy digno de ser cantado, habían escrito con sumo cuidado. ¿Por qué te iba a ser más útil a ti su posesión, hombre asombroso, que ni ves su belleza ni vas a disfrutar más de ellos que un ciego de la hermosura de los jóvenes? ¿Porque tú ves los libros con los ojos abiertos —sí, por Zeus, hasta la saciedad— y lees algún pasaje en alto, corriendo tanto que los ojos te van más rápido que los labios? Eso no me basta, mientras no seas capaz de apreciar la virtud o el defecto en cada una de las cosas que pone y no conozcas el sentido de todas y cada una de las palabras, cuál es el orden correcto de éstas, cuántas ha recogido el autor de acuerdo al canon ortodoxo y cuántas están equivocadas, son espurias o están mal cortadas.

3 Entonces, ¿qué? ¿Sostienes que sin estar instruido sabes lo mismo que yo? ¿Cómo, a no ser que hayas recibido una rama de laurel como el pastor aquél? Me parece que ni has oído hablar nunca

¹ Los vuelve a mencionar como copistas en el epígrafe 24. De Calino no existen otras referencias. Ático, en cambio, fue el responsable de las ediciones «áticas», muy reputadas en la Antigüedad. Probablemente no se trate del amigo de Cicerón.

² Hesíodo, el poeta épico, autor de la *Teogonía* y *Los trabajos y los días*.

del Helicón³, donde dicen que se ejercitan las diosas, ni has realizado en absoluto los mismos ejercicios que yo. Ya sólo que menciones a las Musas es impío. Ellas no hubieran dudado en mostrarse a un pastor, un hombre fuerte y peludo, en cuyo cuerpo se revelan muchas horas de sol; pero de uno semejante a ti —permíteme, por la del Líbano⁴, que de momento no te describa con todo detalle—, que yo sepa nunca han merecido estar cerca, y de haberlo hecho te hubieran espantado lejos de sí a latigazos con mirto o con hojas de malva —que no de laurel—, para que no mancharas ni el Olmeyo ni el Hipocrene⁵, de los que es dado beber a los baños sedientos o a las bocas limpias de los pastores. Independientemente de lo muy desvergonzado que seas para esas cosas, nunca te atreverías a decir que recibiste educación o que te preocupaste alguna vez de familiarizarte con el uso de los libros o que fulanito fue tu maestro o que ibas a clase con menganito. A pesar de ello esperas que todo lo 4 anterior se corrija sin más con esto otro: con poseer muchos libros. De acuerdo con ese razonamiento, quédate con las colecciones esas de Demóstenes que el escritor escribió de su puño y letra, y todas las de Tucídides, que, como en el caso de Demóstenes,

³ Monte de la región de Beocia consagrado a Apolo y las Musas.

⁴ Se refiere a la diosa del amor físico y la belleza, bien sea la griega Afrodita, bien la siria Astarté.

⁵ Ríos del Monte Helicón.

se ha descubierto que fueron copiadas ocho veces, o incluso aquellas obras completas que Sila envió de Atenas a Italia⁶. ¿Qué ganaría tu educación con ello? ¡Ni aunque pusieras los libros bajo la almohada y durmieras encima o los pegaras entre sí y te pasearas envuelto en ellos! Aunque la mona se vista de seda, mona se queda, dice el refrán⁷. Del mismo modo, tú, que tienes ahora un libro en la mano y que lees constantemente —aunque sea sin entender nada de lo que lees—, haces como el burro que, mientras escucha la lira, mueve las orejas.

Pues si poseer libros de verdad volviera a sus poseedores instruidos, su posesión comportaría un precio realmente alto y serían asequibles sólo para vosotros, los ricos, ya que podríais comprarlos en el mercado con pujas mayores que nosotros, que somos pobres. Además, ¿quién podría rivalizar en cultura con los comerciantes y los librereros, que tienen y venden tantos libros? Si estás pensando en refutarme esto, verás que en realidad no son muy superiores a ti en cultura, sino bárbaros como tú en cuanto al habla y necios en conocimiento, como es natural en quienes no discernen entre lo bueno
5 y lo malo. Ahora bien, tú tienes los dos o tres libros

⁶ Nada se sabe de las colecciones autógrafas de Demóstenes y Tucídides. En cuanto a Sila parece que llevó a Italia la biblioteca de Aristóteles. Cf. Plutarco, *Sila*, 26.

⁷ Literalmente «el mono, mono es, aunque tenga amuletos de oro». Los *chrysea symbola* o *insignia ingenuitatis* eran piezas de oro que se ponían en

que te han vendido, en cambio ellos los manejan día y noche. ¿Qué beneficio te reporta entonces comprarlos, a no ser que pienses que las propias fundas de los libros, que contienen tantos escritos de los antiguos, son sabias?

Y ahora, si te parece, respóndeme; o mejor, ya que esto te va a ser imposible, asiente a lo que te pregunto o niega con la cabeza⁸. Si alguien que no supiera tocar la flauta adquiriera las flautas de Timoteo o de Ismeneo⁹ —que Ismeneo compró por siete talentos en Corinto—, ¿podría en virtud de su adquisición tocar la flauta o no le serviría de nada sin conocer el arte adecuado para utilizarla? Enhorabuena por negar. Y tampoco tocaría la flauta, aunque comprara las de Marsias u Olimpo¹⁰, si no aprendiera la técnica. Y si alguien, sin ser Filoctetes¹¹, se hiciera con el arco de Heracles, ¿cómo podría tensarlo y hacer un disparo certero? ¿Qué crees? ¿Que haría algo digno de un arquero? También a esto respondes que no. Por lo demás, quien no sabe navegar o quien no ha aprendido a montar, si tomaran respectivamente la mejor nave,

la ropa de los niños de alta cuna al abandonarlos, a fin de poder identificarlos en el futuro, si fuera necesario.

⁸ Los griegos, también los modernos, niegan echando hacia arriba y atrás la cabeza o levantando sin más las cejas.

⁹ Ambos son famosos flautistas tebanos del siglo IV a. C.

¹⁰ Músicos legendarios.

¹¹ Filoctetes fue el único capaz de encender la pira donde Heracles había pedido ser quemado. A cambio de este favor recibió el arco.

construida del mejor modo en todas sus partes para ser hermosa y segura, o si compraran un caballo medo o un «centauro» o uno marcado con una *koppa*¹², me parece que corroborarían cada uno por su lado que no saben qué hacer ni con la una ni con el otro. ¿Estás de acuerdo también con esto? Convéncete y asíenteme a lo que sigue: si alguien, inculto como tú, comprara muchos libros, ¿no le convertiría su ignorancia en un pelele? ¿Por qué te resistes a mostrarte de acuerdo con esto? Ésta es una prueba, a mi parecer, muy clara, y cada uno de los que lo ven inmediatamente pronuncia ese refrán que viene tan a propósito: «¿qué tiene que ver el perro con la bañera?»¹³.

- 6 Resulta que hace no mucho a cierto hombre rico de Asia tuvieron que amputarle las dos piernas, que se le habían gangrenado, creo, a causa del frío en un accidente acontecido cuando tuvo que hacer una travesía por la nieve. Lo que le pasó es, por supuesto, lamentable, y para paliar su desgracia se hizo fabricar unas piernas de madera, que se colocaba debajo de la ropa al tiempo que se apoyaba en sus criados para andar. Pero hacía una cosa ridícula, y es que se compraba siempre los mejores

¹² El «centauro» es posiblemente un caballo tesalio, que es la cuna mítica de estos seres y una tierra de buenos caballos. El caballo marcado con un *koppa* es el corintio, porque esta letra es la abreviatura del nombre de la ciudad.

¹³ Una bañera es algo ajeno a los perros, al menos en la Antigüedad.

zapatos recién salidos al mercado, y era éste su mayor cuidado, a saber, que sus patas de palo estuvieran adornadas con los mejores calzados. ¿Acaso no haces lo mismo tú que, aunque tienes una inteligencia coja y blanda, como de madera de higuera, te compras botas de oro con las que una persona de pies proporcionados apenas si podría caminar?

Dado que de todos los libros has comprado con mayor frecuencia los de Homero, que alguien coja el segundo canto de la *Iliada* y te lo lea —el resto se lo puede ahorrar, pues no tiene nada que te concierna—. En cambio en ese canto se describe a un hombre ridículo, de cuerpo contrahecho y mutilado, que pronuncia un discurso¹⁴. Ahora bien, si ese tal Tersites se pusiera las armas de Aquiles, ¿crees que instantáneamente y a causa de esto se volvería bello y fuerte a un tiempo, y que cruzaría el río, y enturbiaría sus aguas con la muerte de los frigios, y mataría a Héctor, y antes de él a Licaón y a Asteropeo, cuando no es capaz ni de soportar sobre sus hombros el peso de la lanza de fresno?¹⁵ No lo dirías. Antes bien, se convertiría en un esperpento que cojea bajo el escudo y que caería de bruces por el peso, que enseñaría debajo del casco esos ojos suyos bizcos cada vez que se agitara y que, al alzar la coraza con la joroba y al arrastrar

¹⁴ *Iliada* II, 212.

¹⁵ *Iliada* XIX, 387 y ss.

las grebas, provocaría de una vez una desgracia doble, la de su fabricante y la de su dueño. ¿No ves que a ti te pasa lo mismo, esto es, que cada vez que tienes un libro hermosísimo en la mano —con cubierta de piel púrpura y con un broquel de oro— y lo lees con esa pronunciación extranjera y afeas y desfiguras su lengua, por un lado las personas cultas se ríen de ti y, por otro, los parásitos que viven contigo te adulan, al tiempo que se vuelven muchas veces los unos hacia los otros para reírse de ti?

Quiero contarte algo que tuvo lugar en Pitoo¹⁶. Un hombre de Tarento, de nombre Evángelo y de cierta notabilidad en su ciudad, quería ganar en los Juegos Píticos. En lo tocante a la competición atlética le parecía que era imposible, pues no estaba naturalmente dotado ni para la fuerza ni para la velocidad, pero ciertos hombres miserables que tenía a su alrededor, que le aplaudían y jaleaban cada vez que emitía el más mínimo sonido, le convencieron de que en la cítara y la canción se impondría con facilidad. Así, pues, llegó a Delfos resplandeciente en todos los aspectos y tras haberse mandado hacer un vestido de encajes dorados y una corona bellísima de laurel de oro, que en lugar del fruto del laurel tenía esmeraldas tan grandes como el fruto, y la propia cítara, de un coste, una belleza y un lujo sobresalientes, toda de oro puro, y

¹⁶ Otro nombre para Delfos.

adornada con engarces y piedras multicolores, con Apolo y Orfeo labrados entre las Musas, que era una maravilla enorme para quienes la veían¹⁷.

Cuando llegó al fin el día de la competición eran 9 tres y a Evángelo le tocó cantar entre los otros dos. Así que, después de Tespis de Tebas, que no había competido nada mal, entra en escena todo resplandeciente con el oro y con las esmeraldas, los berilos y las amatistas; también destacaba la púrpura del vestido, que asomaba entre el oro. Con todo esto tenía maravillado al teatro y a los espectadores llenos de expectativas y asombro, pero cuando al fin tuvo que cantar y tocar... entona un preludeo desarticulado y desordenado y tres cuerdas se rompen de golpe cuando se abalanza sobre su cítara con más fuerza de la debida y empieza a cantar algo carente por completo de gracia y flojo, de tal forma que todos los espectadores se ríen de él y los organizadores, indignados, le echan a empujones del teatro. Es en ese preciso momento cuando se le ve más ridículo que nunca al dorado¹⁸ Evángelo, que llora y se arrastra azotado en mitad del escenario, con las piernas ensangrentadas por los latigazos y recogiendo del suelo los engarces de la cítara, que se habían desencajado también bajo los mismos golpes.

¹⁷ Una versión diferente de esta historia se puede leer en *Rhetorica ad Herennium* IV, 47.

¹⁸ Aquí hay un juego de palabras, porque el término *chrysous*, aplicado a una persona, significa «simple».

Tras una breve pausa entra después de él un tal Eumelo de Elis; lleva una vieja cítara, tensada con clavijas de madera y un vestido que junto con la corona apenas vale diez dracmas en total. No obstante, por haber cantado y tocado con destreza y según las normas del arte, ganó y fue proclamado vencedor y pudo reírse de Evángelo, que se había presentado ostentando en vano la cítara y los engarces ésos. De hecho cuentan que le dijo: «Oh, Evángelo, a ti te ciñe una corona de laurel dorado porque eres rico, y a mí, que soy pobre, la délfica. Pero tú me aventajas además de con tu instrumento en esto: que no sólo te marchas sin que nadie se compadezca de tu derrota, sino que te has ganado el odio de todos con esa inútil insolencia tuya».

- 11 Tu viva imagen es este Evángelo¹⁹, salvo que a ti no te preocupa lo más mínimo la risa de los espectadores. Y no sería inoportuno contarte cierta leyenda lesbia sucedida hace tiempo. Dicen que, cuando las mujeres tracias despedazaron a Orfeo, su cabeza y su lira, arrojadas al Hebro, desembocaron en el Mar Negro, y que la cabeza flotó sobre la lira y que lo hizo, según dicen, cantando un treno por la muerte de Orfeo, mientras la lira resonaba al percutir el viento en sus cuerdas. Dicen que así

¹⁹ De nuevo nos encontramos con una frase hecha, que literalmente dice «alrededor de tus pies este Evángelo».

arribó a Lesbos, con la canción, y que ellos recogieron la cabeza, la enterraron en el emplazamiento actual de su templo a Baco y depositaron la lira en el templo de Apolo, donde se conservó 12 durante mucho tiempo. Algún tiempo después, sin embargo, a Neanto, el hijo del tirano Pitaco, le dio por creer que la lira había encantado a las fieras y las plantas y las piedras, y que había interpretado canciones incluso después de la desgracia de Orfeo y sin que nadie la tocara, de manera que le invade el deseo de poseerla y, corrompiendo al sacerdote con muchos obsequios, le convence para que deje otra lira parecida y le dé la de Orfeo. Después de llevársela, le pareció que no sería seguro tocarla en la ciudad durante el día, así que iba de noche con ella bajo la ropa a las afueras y, dispuesto a tocarla, hacía sonar y golpeaba las cuerdas, como el jovencito poco diestro y carente de inspiración que era, con la esperanza de que en la lira resonarían piezas prodigiosas bajo cuyo hechizo atraería y encantaría a todos, y que se convertiría en inmortal heredero de la música de Orfeo. En la distancia el sonido fue reuniendo a los perros —que eran muchos allí— y lo desgarraron, de manera que al menos en eso corrió la misma suerte que Orfeo y sólo los perros acudieron a su llamada. Precisamente entonces, y del modo más claro, se vio que no era la lira la que encantaba, sino la técnica y la canción, las únicas cualidades excepcionales que

tenía Orfeo de su madre²⁰. Y que la lira, por su parte, era sólo un objeto, ni mejor ni peor que el resto de instrumentos de cuerda.

- 13 ¿Pero por qué te contaré lo de Orfeo o lo de Neanto, cuando en nuestro tiempo ha habido y sigue habiendo, creo, uno que ha comprado la lámpara de arcilla del estoico Epicteto por cinco mil dracmas? Me parece que éste también tenía la esperanza de que, si leía bajo la luz de esa lámpara por las noches, automáticamente iba a adquirir en sueños la mucha sabiduría de aquel venerable anciano.
- 14 Ayer o, si no, anteayer, otro compró, en su caso por un talento, el bastón del cínico Proteo²¹, que había dejado a un lado antes de arrojarse al fuego, y lo tiene como un *souvenir* y lo enseña como los tegeos enseñan la piel de Calidón²², como los tebanos los huesos de Gerión²³ o los menfitas las trenzas de Isis²⁴; el dueño de esta asombrosa posesión te superaba incluso a ti en ignorancia y desvergüenza. Pues tú mismo te das cuenta del lamentable estado en que se encuentra, que necesita un bastonazo de verdad en la cabeza.

²⁰ La musa Calíope.

²¹ Apodo de Peregrino, que el personaje debía a sus fáciles cambios de opinión. Luciano narra su vida y muerte voluntaria en el discurso que lleva su nombre.

²² La piel del jabalí de Calidón, que fue el premio del certamen convocado por el rey Eneo.

²³ Gigante vencido por Heracles.

²⁴ Las trenzas de la diosa egipcia eran famosas por su perfume.

También se cuenta que Dionisio²⁵ compuso una 15
tragedia muy mala y ridícula, y que Filóxeno²⁶ mu-
chas veces fue a los calabozos de Latomía²⁷ por cul-
pa de la tragedia, ya que no era capaz de aguantar-
se la risa. Ahora bien, cuando Dionisio se enteró de
que se estaban burlando de él, consiguió con mu-
cho esfuerzo hacerse con una de las tablillas en las
que Esquilo escribía, porque pensó también él que
la tablilla le inspiraría y le poseería. Sin embargo, lo
que escribió en aquella tablilla resultó mucho más
ridículo que lo anterior:

Doris falleció, la mujer de Dionisio.

Y luego:

Ay de mí, he perdido a una mujer muy capaz.

La tablilla le inspiró eso y, además, esto otro:

*Pues se engañan a sí mismos los necios de los mor-
tales.*

Esto último, es verdad, podría Dionisio haber-
lo dicho por ti —y con mucho tino—. En tal caso

²⁵ Dionisio el Viejo, tirano de Siracusa (431-367 a. C.).

²⁶ Poeta contemporáneo de Luciano.

²⁷ Célebres calabozos de Siracusa, excavados en piedra.

su tablilla debería haber sido bruñida como reco-
16 nocimiento. Porque, ¿qué clase de esperanza tie-
nes tú puesta en los libros, que estás siempre desenrollándolos y encolándolos y los recortas y untas con azafrán y cedro y los envuelves en pergamino y los provees de botones como si fueras a disfrutarlos? Por lo menos has medrado en algo con su compra, ya que te congratulas de ello — y es que eres más simple que un pez— y vives de un modo que no puede calificarse ni de medio decente, y te has ganado el odio salvaje de todos, según cuentan, por tu poca vergüenza. Si los libros nos vuelven así, hay que desterrarlos lo más lejos
17 posible. Dos son las cosas que uno puede obtener de los antiguos: la capacidad oratoria y la capacidad de cumplir con el deber, emulando a los mejores y huyendo de los peores. Pero, cuando ni de lo uno ni de lo otro parece uno beneficiarse mediante los libros, ¿qué es lo que hace sino comprar refugios para los ratones y nidos para las lombrices y golpes para los criados por haberse descuidado?

18 ¿Cómo no iba a ser deshonroso si alguien, al verte con un libro en la mano —pues sin falta tienes siempre uno—, te preguntara de qué orador o escritor o poeta es y tú respondieras fácilmente a esto, porque conoces el título, pero después, ya que es costumbre extenderse un poco en la conversación sobre estos tópicos, cuando él ensalzara o criticara algún punto del contenido, tú te halla-

ras en un callejón sin salida y no tuvieras nada que decir? ¿No suplicarías entonces que se te tragara la tierra, porque como Belerofonte te has paseado con un libro fatal para ti²⁸?

El cínico Demetrio, al ver en Corinto a un incul- 19
to leyendo un hermoso libro —las *Bacantes* de Eurípides, creo, en el pasaje donde el mensajero cuenta lo que le ha sucedido a Penteo y lo que ha hecho Ágave²⁹— se lo quitó y lo hizo pedazos diciendo: «Es mejor para Penteo que lo descuartice yo una sola vez y no tú muchas».

Y a pesar de que me lo pregunto a mí mismo constantemente, todavía hoy no he sido capaz de descubrir por culpa de quién te ha entrado a ti ese celo por la compra de libros, pues que sea por su beneficio o su uso no lo creería nadie que te conociera, aunque sólo fuera un poco. No más al menos que si un calvo se comprara un peine o un ciego un espejo o un sordo una flauta o un eunuco una concubina o el que vive en el continente un remo o un timonel un arado. ¿No será para ti todo esto una ostentación de riqueza y lo que quieres es demostrar a todos que, incluso en lo que para ti es inútil, derrochas tu abundante fortuna? Ahora bien,

²⁸ Belerofonte llevó al rey de Licia la carta en la que se pedía su muerte. Cf. *Iliada* VI, 155-195.

²⁹ Eurípides, *Bacantes*, 1041 y ss. Penteo ha sido descuartizado por Ágave, su propia madre.

por lo que yo sé, y yo también soy sirio³⁰, si no llegas a inscribirte en el testamento del viejo aquél a tiempo, ya estarías muerto de hambre y habrías sacado los libros a subasta. Así pues se trata de lo
20 otro, es decir, que convencido por tus aduladores de que no sólo eres guapo y atractivo, sino también un sabio, un orador y un escritor como ningún otro, te compras los libros para justificar sus alabanzas. Dicen que declamas para ellos discursos durante la cena y que tienen que croar sedientos como ranas terrestres o no beben, a no ser que se desgañiten gritando.

De verdad no entiendo cómo te dejas tomar el pelo con esa facilidad³¹, ni cómo confías en ellos para todo, que una vez incluso te creíste aquello de que te parecías en el aspecto a cierto personaje de la realeza, igual que el pseudo Alejandro y el pseudo Filipo aquél —el batanero— y el pseudo Nerón en la época de nuestros abuelos y cualquier
21 otro de los eventualmente catalogados como pseudo algo. ¿Qué habría de asombroso en que te sucediera lo mismo —hombre imbécil e ignorante, que apareces en público con la cabeza muy alta, imitando el paso y la forma y la mirada de aquél a quien te haría feliz parecerse—, cuando dicen que

³⁰ Luciano es de origen sirio, como el ignorante contra el que dirige el discurso, y por eso conoce la historia.

³¹ Literalmente «cómo eres tan fácil de arrastrar por la nariz».

a Pirro el del Epiro, por lo demás un hombre extraordinario, sus aduladores le arruinaron hasta tal punto en lo del parecido que creía que era idéntico al famoso Alejandro? Y en verdad, como dicen los músicos, todo era cuestión de dos octavas. Pues he podido ver el retrato de Pirro; y sin embargo estaba persuadido de que era una réplica de la belleza de Alejandro. Pero en eso acabo de ser injusto con Pirro, porque te he comparado a ti con él. En cambio lo que sigue sería más propio de ti. Pues cuando Pirro estaba así de equivocado y se había creído esas cosas sobre sí mismo, no había quien no se le uniera en su parecer y sintiera compasión por él. Hasta que una anciana extranjera de Larisa puso fin a su tontería diciéndole la verdad. Pirro le había enseñado los retratos de Filipo, Perdicas, Alejandro, Casandro y los demás reyes³², y le preguntó a cuál se parecía, muy convencido de que ella repararía en el de Alejandro. Sin embargo, tras demorarse un buen rato, dijo «a Batracio, el cocinero». Y es que de verdad había en Larisa un cocinero de nombre Batracio clavado a Pirro.

En cuanto a ti, no sabría decir a cuál de los sodomitas que frecuentan los teatros te pareces, pero sí sé muy bien que todos opinan que aún padece una locura severa a causa de ese parecido. No es sorprendente, pues, que siendo un negado para

³² Se trata en todos los casos de reyes macedonios.

el retrato, quieras parecerte a los hombres cultivados, creyendo a los que te ensalzan así. Pero, ¿por qué me extiendes en esto? La razón de tu celo por los libros es evidente, incluso aunque yo haya sido tan torpe como para no verla antes. El plan que has concebido es inteligente, o al menos a ti te lo parece, y las esperanzas que en él has puesto no son pequeñas, si llegara a enterarse el rey, que es un hombre sabio y que aprecia mucho la cultura. Crees que, si se enterara de lo tuyo, de cómo compras libros y cuántos has reunido, rápido obtendrías todo tipo de favores de él. Pero, pervertido, ¿crees que está tan regado de mandrágora como para oír lo uno de ti y no ver lo otro, es decir, cómo es tu vida día a día, quiénes beben contigo, cómo son tu noches y cuáles las edades de los que se acuestan contigo? ¿No has oído que el rey tiene muchos ojos y oídos? Pero si lo tuyo, además, es tan manifiesto que hasta de los ciegos y los sordos es sabido... Pues tan sólo con que hablaras, tan sólo con que te desnudaras para el baño —y mejor, si te parece, no te desnudes—, tan sólo con que tus sirvientes se desnudaran, ¿qué crees? ¿Que no quedarían patentes todas las cosas sin nombre que haces por las noches? Dime entonces: si Baso, nuestro sofista, o Bátalo, el flautista, o el sodomita Hermiteón de Síbaris, que ha escrito esas fabulosas normas para vosotros de que hay que suavizar los rasgos con maquillaje y depilarse y recibir y hacer el resto de

cosas, si alguno de ellos entrara ahora disfrazado con una piel de león y con una maza³³, ¿qué crees que pensarían los que lo vieran? ¿Que es Heracles? Pues no, a no ser que casualmente tuvieran legañas en los ojos. Hay miles de cosas que atestiguan ser lo contrario de lo que parecen: el andar, la mirada, la voz y el cuello inclinado con afectación, el albayalde, la almáciga y el afeite rojo con los que os maquilláis... porque al final, como dice el refrán, se esconden antes cinco elefantes bajo el brazo que un solo sodomita. Así que, si la piel del león no es capaz de ocultar eso, ¿crees que pasarías desapercibido detrás de un libro? Pues no es posible: te traicionan y descubren las otras señas de identidad de los tuyos.

Me parece que ignoras por completo que las 24 buenas esperanzas no deben basarse en los libreros, sino proceder de uno mismo y del día a día. ¿Crees que en Ático o en Calino, los copistas, tendrías un abogado y un testigo? No, tendrías unos hombres crudos que te aplastarían, si los dioses lo quisieran, y que te reducirían a la más extrema pobreza. Ya es hora de que entres en razón y vendas esos libros a algún hombre cultivado y con ellos esa recién construida casa tuya y que así devuelvas a los negros al menos una parte de lo mucho que les debes.

Luego está esto otro. Te has afanado tremenda- 25 mente en dos cosas: la adquisición de libros de lujo

³³ El término griego *rópalon* designa también el miembro viril.

y la compra de muchachos bien parecidos y fuertes, y en ello pones mucho empeño y persigues su consecución. Es imposible que siendo pobre te duraran las dos cosas. Considero que en este momento un consejo es cosa sagrada: quiero que te deshagas de lo que no va contigo y que te cures de la otra enfermedad³⁴, que compres sirvientes, para que no te falten hombres en casa y no mandes buscar entre los libres. Porque estos últimos se marchan sin miedo, aun cuando no han recibido toda su parte, y proclaman lo que has hecho después de la bebida, tal y como contaba de ti a su regreso un chapero de la forma más rastrera, mostrando incluso las marcas. Podría presentar como testigos a quienes estaban presentes de que yo mismo me enfadé e, irritado como estaba, por poco empiezo a pegarme con él en tu defensa, sobre todo cuando se dedicó a poner a unos y otros por testigos de los mismos hechos y ellos los fueron corroborando con sus propias palabras. En vista de esto, buen hombre, reserva y guarda tu plata para que puedas dar y recibir en tu casa con total seguridad. Porque tu forma de actuar... ¿quién la podría cambiar a estas alturas? El perro que ha probado una vez a roer el cuero, ya no lo deja³⁵.

³⁴ Lo que no va con él son los libros; la enfermedad, sus hábitos sexuales.

³⁵ En la antigüedad los consoladores eran de cuero. La expresión está en Herodas, *Mimiambos* VII 63 y 69, 10, así como en Horacio, *Sátiras* II, 5, 83: *ut canis a corio nunquam absterrebitur uncto*.

En cambio la otra cuestión tiene más fácil so- 26
lución: dejar de comprarte ya más libros. Ya te has
educado suficiente, tienes sabiduría en abundancia.
Es más, tienes todos los libros de los antiguos en
la punta de la lengua. Conoces toda la historia, las
artes oratorias completas, así como sus encantos y
defectos, e incluso el uso de los sustantivos áticos.
Te has convertido en un sabio y una eminencia en
cultura gracias a la multitud de libros. Así que nada
impide que también yo me entretenga contigo, to-
da vez que te gusta que se rían de ti.

Ya que tienes tantos libros, con gusto te pregun- 27
taría ¿cuáles de ellos lees más?, ¿los de Platón?, ¿los
de Antístenes?, ¿los de Arquíloco?, ¿los de Hiponac-
te? ¿O los desdeñas y tienes a los oradores más a
mano? Dime, ¿lees el discurso de Esquines contra
Timarco? Quizá conozcas todos esos libros y en-
tendías absolutamente todo lo que dicen, pero ¿te
has sumergido en Aristófanes y Eupolis?, ¿has leí-
do también *Los Baptas*³⁶, el drama entero? Enton-
ces, ¿nada en él te ha afectado ni te has sonrojado al
entenderlo? De verdad, a cualquiera le asombraría
con qué espíritu coges los libros y con qué manos
los desenrollas. ¿Cuándo lees? ¿De día? Pues nadie
te ha visto hacerlo. ¿Será de noche? ¿Cuándo? ¿An-
tes de dar órdenes a los otros o antes de hablarles?

³⁶ La comedia de Eupolis que se burlaba de los devotos de Cotis y sus cultos orgiásticos.

28 Pero, ¡por Cotis!, a eso no vuelvas ni a atreverte, y
deja los libros, y ocúpate sólo de tus asuntos. En
realidad tampoco es necesario que lo hagas, sino
que te reprenda la Fedra de Eurípides que, enfadada
con las mujeres, decía:

*Ni sienten un escalofrío ante la idea de que la
cómplice oscuridad*

*Y las paredes de la casa puedan cobrar voz*³⁷.

Si, no obstante, estás resuelto a perseverar en el mismo vicio, hazlo; compra libros y tenlos encerrados en casa y disfruta la gloria de tus posesiones. Con eso te basta. Pero no los toques jamás, ni leas, ni extravíes con tu lengua los discursos de los antiguos, ni sus poemas, que nada malo te han hecho.

29 Sé que en vano divago sobre estas cosas y que me empeño, como en el refrán, en blanquear a un etíope: pues vas a seguir comprando libros y sin usarlos para nada, y vas a ser el hazmerreír de los hombres cultos, que se contentan con disfrutar, no de la belleza externa de los libros o de lo lujosos que sean, sino de la voz y del pensamiento de quienes los escribieron. Crees que te vas a curar de la ignorancia y a encubrirla con tu fama, y a asombrar con la multitud de tus libros, sin ver que los peores médicos hacen lo mismo: fabrican pastilleros de

³⁷ Eurípides, *Hipólito* 417-18.

marfil, y ventosas de plata, y bisturís con engarces de oro. Pero cuando tienen que usarlos, no saben ni cómo ha de hacerse. Entonces aparece en escena alguno que tiene estudios, lleva en la mano un cuchillo para cortar venas muy bien afilado, lleno por lo demás de óxido, y le quita al paciente el dolor. Pero para que la comparación sea más graciosa, piensa en los peluqueros; mira a los que son verdaderos artistas, con una cuchilla, unas tijeras y un espejo modesto, y a los profanos que no tienen idea y suman multitud de tijeras y grandes espejos sin por ello hacer olvidar que no saben nada. Muy al contrario, les sucede lo más cómico, esto es, que la mayoría se afeita en la tienda vecina y que acuden a sus espejos para retocarse el peinado. Lo mismo ³⁰ pasa contigo, que podrías prestar los libros a otro al que le hagan más falta, pues tú no sabrías ni usarlos. Sin embargo, nunca has prestado un libro a nadie, sino que actúas como el perro tumbado en el pesebre, que ni come del grano ni deja comer al caballo.

Por ahora me tomo la libertad de decirte estas cosas en lo que atañe a los libros, en cuanto a tus otras abominables y reprobables costumbres, me vas a oír a menudo próximamente.

Si busca la vida buena,
¡compre uno de nuestros
estilos filosóficos!

ZEUS

Tú ve colocando los bancos y prepara el lugar para los que vayan viniendo, y tú coloca en fila los estilos filosóficos¹ a medida que salgan, pero adórnalas antes, para que tengan buena cara y atraigan a cuantos más mejor. Y tú, Hermes, haz el pregón y la convocatoria. 1

HERMES

¡Buena suerte! ¡Acérquense ya los compradores a la tienda! ¡Subastamos vidas de filósofos de todo tipo y de escuelas variadas! ¡Y si alguno no tiene aquí el dinero para depositarlo al contado, que indique quién le avala y pague el año próximo!

ZEUS

Están viniendo muchos, así que no hay que entretenerlos ni hacerles esperar. ¡A vender!

HERMES

¿A quién quieres que saquemos primero? 2

ZEUS

A ese melenas, al jonio, que parece ser alguien respetable.

HERMES

¡Ese pitagórico de ahí! Baja y deja que te examinen los convocados.

ZEUS

Anúncialo ya.

¹ No se subasta a filósofos concretos —de hecho los nombres de los personajes son adiciones posteriores al original— sino a representantes de las formas de vida filosófica de las diversas escuelas.

HERMES

¡Vendo la mejor vida, la más respetable! ¿Quién la va a comprar? ¿Quién quiere ser un superhombre? ¿Quién quiere conocer la armonía del universo y resucitar de nuevo²?

COMPRADOR

No tiene mal aspecto. ¿De qué entiende más?

HERMES

Aritmética, astronomía, geometría, prodigios, música, hechizos. Tienes delante a un adivino extraordinario.

COMPRADOR

¿Se le puede preguntar directamente?

HERMES

Pregunta y ¡buena suerte!

COMPRADOR

¿De dónde eres tú?

PITÁGORAS

3 De Samos.

COMPRADOR

¿Dónde has estudiado?

PITÁGORAS

En Egipto, con los sabios de allí.

COMPRADOR

Vale. Y si te compro, ¿qué me vas a enseñar?

² Sobre la doctrina pitagórica y muchas de las anécdotas que se expone en las páginas siguientes, cf. Diógenes Laercio VIII.

PITÁGORAS

Yo no enseño nada, sólo hago recordar.

COMPRADOR

¿Y cómo lo haces?

PITÁGORAS

Primero trabajando el alma para que esté limpia y eliminando la suciedad que hay en ella.

COMPRADOR

De acuerdo, pon que me has purificado, ¿cuál es la forma de recordar?

PITÁGORAS

Lo primero, una prolongada inactividad y silencio, y no decir ni una palabra en cinco años enteros.

COMPRADOR

Lo tuyo, amigo, es educar al hijo de Creso³. Pues yo hablo, no quiero ser una estatua. Pero ¿qué vendría después del silencio y de los cinco años?

PITÁGORAS

Te ejercitarías en la música y la geometría.

COMPRADOR

¡Eso tiene gracia! Que deba hacerme primero citarista para después ser sabio.

PITÁGORAS

Después tocaría contar.

4

COMPRADOR

Ya sé contar.

³ Que era mudo. Cf. Heródoto, *Historia* 1, 34 y 85.

PITÁGORAS

¿Cómo cuentas?

COMPRADOR

Uno, dos, tres, cuatro...

PITÁGORAS

¿Lo ves? Lo que te parecen cuatro son diez y un triángulo perfecto y nuestro juramento⁴.

COMPRADOR

No, ¡por el altísimo juramento del cuatro!, nunca he oído palabras más divinas ni más sagradas.

PITÁGORAS

Y después, extranjero, vas a saber sobre la tierra, el aire, el agua y el fuego, qué impulso tienen y cuál es la forma que toman para moverse⁵.

COMPRADOR

¿Así que el fuego, el aire y el agua tienen forma?

PITÁGORAS

Y muy visible. Pues lo que es informe y feo no se mueve. Después de esto conocerás que la divinidad es número, intelecto y armonía.

COMPRADOR

Lo que dices es asombroso.

PITÁGORAS

5 Pues además de lo que he dicho, sabrás que tú, que

⁴ El cuatro, el diez, el triángulo perfecto y el juramento son una única figura sagrada por la que juraban los pitagóricos: el *tetraktys*. Resulta de la suma $1+2+3+4$ y dibuja el triángulo perfecto distribuyendo diez puntos en cuatro líneas, a razón de uno, dos, tres y cuatro en cada línea.

⁵ Cf. Platón, *Timeo*, 55 y ss.

te consideras uno, eres uno para el que te ve y otro en cuanto a tu existencia.

COMPRADOR

¿Qué dices? ¿Que soy otro y no éste que se dirige ahora a ti?

PITÁGORAS

Ahora eres ése, pero antes aparecías en otro cuerpo y bajo otro nombre. Con el tiempo volverás a mutar en otro.

COMPRADOR

¿Estás diciendo que seré inmortal a base de cambiar en múltiples formas? Pero ya es suficiente. Respecto a la dieta, ¿cómo eres? 6

PITÁGORAS

No consumo ningún ser animado, pero sí el resto de alimentos a excepción de las habas.

COMPRADOR

¿Por qué? ¿Es que te dan asco las habas?

PITÁGORAS

No, es que son sagradas y de naturaleza admirable. Para empezar, son todo germen y, si pelas un haba que todavía está verde, verás que su naturaleza es semejante a los genitales masculinos. También, si la dejas cocida a la luz de la luna en noches determinadas, podrás fabricar sangre. Y lo que es más, según la ley ateniense los cargos se eligen con habas.

COMPRADOR

Todo lo has dicho bien y con decoro. Pero desnúdate, quiero verte también desnudo. ¡Por Heracles,

éste tiene el muslo de oro⁶! Un dios y no un mortal es lo que parece. Así que me lo compro seguro. ¿Cuál es su precio de salida?

HERMES

Diez minas⁷.

COMPRADOR

A ese precio me lo quedo.

ZEUS

Escribe el nombre del comprador y de dónde es.

HERMES

Itálico, Zeus; me da la impresión de ser del entorno de Crotona y Tarento, y de la Grecia de allá. En realidad no uno, sino casi trescientos⁸ se lo han comprado en común.

ZEUS

Que se lo lleven. Saquemos a otro.

HERMES

7 ¿Aquel pordiosero te parece bien, el del Ponto?

ZEUS

Muy bien.

HERMES

¡Ése que se cuelga la alforja, el del hombro al aire⁹! Ven y date unas vueltas en círculo a la plaza. ¡Ven-

⁶ Según la leyenda pitagórica, su fundador, Pitágoras, tenía el muslo de oro.

⁷ Un dracma tiene seis óbolos; una mina son cien dracmas.

⁸ La población griega en el sur de Italia.

⁹ Sobre el atuendo y la forma de vida de los cínicos vuelve a informar Diógenes Laercio vi, 12 y ss.

do una vida de hombre, una vida excelente y noble, una vida en libertad! ¿Quién la comprará?

COMPRADOR

¿Cómo dices, heraldo? ¿Que vendes a un hombre libre?

HERMES

Así es.

COMPRADOR

Entonces ¿no temes que te lleve a juicio por esclavizarle y te cite ante el Areópago?

HERMES

A éste no le preocupa la subasta. Cree que es libre de todas formas.

COMPRADOR

¿Y para qué podría servir tan sucio y en un estado tan miserable? A no ser que se le dedique a cavar o llevar agua.

HERMES

No sólo, también si lo pones de portero, será más fiel en el servicio que los perros. No en vano «perro» es su nombre¹⁰.

COMPRADOR

¿Y de dónde es o qué género de vida profesa?

HERMES

Pregúntaselo a él. Es la mejor forma de proceder.

¹⁰ Se subasta a un filósofo cínico y la escuela de pensamiento cínico obtiene su nombre del griego *kyon*, es decir, «perro», debido a su estilo «perruno» de vida.

COMPRADOR

Me da miedo su aspecto sombrío y abatido, no sea que me ladre al acercarme o, ¡por Zeus!, que me muerda de verdad. ¿No ves cómo levanta el palo y mira de reojo, amenazante e irascible?

HERMES

No tengas miedo. Está domesticado.

COMPRADOR

Lo primero, amigo, ¿de dónde eres?

DIÓGENES

8 De todas partes.

COMPRADOR

¿Cómo dices?

DIÓGENES

Estás viendo a un ciudadano del mundo¹¹.

COMPRADOR

¿Tienes algún modelo?

DIÓGENES

Heracles.

COMPRADOR

¿Y por qué no te cubres con una piel de león? Porque en lo del palo sí te le pareces.

DIÓGENES

Ésta es mi piel de león, un tosco sayo. Milito, precisamente como él, contra los placeres, pero no bajo mandato, sino voluntariamente, pues he decidido consagrarme a purificar la existencia.

¹¹ *Tou kosmou polita*, literalmente «ciudadano del mundo»; el término «cosmopolita» lo inventó el propio Diógenes.

COMPRADOR

Una buena elección, sí señor. ¿Pero cuál es, digamos, tu especialidad? ¿Y qué artes dominas?

DIÓGENES

Soy libertador de los hombres y doctor de los sufrimientos. Quiero ser, en conjunto, un profeta de la verdad y la libertad de expresión.

COMPRADOR

Muy bien, profeta. Si te compro, ¿de qué modo vas a prepararme? 9

DIÓGENES

Primero te tomaré y te privaré de la molicie, y, reducido a la indigencia, te envolveré en un sayo; después te obligaré a dormir en el suelo y beber únicamente agua, llenándote con lo que encuentres; en cuanto al dinero, si tienes, en obediencia a mí lo tirarás al mar, y abandonarás el matrimonio, los hijos y la patria; todo esto será una nimiedad para ti. Tras haber dejado la casa paterna, habitarás bien una tumba, bien una torre solitaria, bien un barril. La alforja tenla llena de altramuces y de libros escritos por el dorso. Cuando estés así, dirás que eres más feliz que el gran rey. Si alguien te azota o te tortura, ninguna de estas cosas te parecerá dolorosa.

COMPRADOR

¿Cómo puedes decir eso de que no me van a doler los latigazos? No tengo la piel acorazada de una tortuga o un escarabajo.

DIÓGENES

Imitarás la sentencia de Eurípides, pero cambiándola un poco.

COMPRADOR

¿Cuál?

DIÓGENES

- 10 Te dolerá la mente, pero tu lengua permanecerá impasible¹². Lo que más conviene es esto: hay que ser descarado y osado e insultar a todos por igual, tanto a los reyes como a los ciudadanos anónimos. Así te respetarán y te tendrán por valiente. Tu voz será como la de un bárbaro, un sonido desagradable, similar al de un perro por lo desarticulado, también la cara en tensión y el andar correspondiente a esa cara. Serás una auténtica bestia y todo en ti salvaje. Que desaparezcan el pudor, la razón y la medida, y de tu rostro arranca todo rastro de rubor. Busca, de entre todos, los lugares más concurridos y, allí mismo, trata de mantenerte solo y asocial, sin consentir que se te acerque ni amigo ni extraño. Eso sería el fin de la norma. A la vista de todos atrévete a hacer lo que uno no haría ni en privado y, de los placeres venéreos, elige el más ridículo. Por último, si te parece, te comes un pulpo crudo o una sepia y te mueres. Esta es la felicidad que te ofrecemos.

COMPRADOR

- 11 ¡Largo de aquí! Lo que dices es perverso e inhumano.

¹² Parodia el verso de *Hipólito*, 612: «La lengua juró, pero la mente no juró».

DIÓGENES

Pero es fácil, ¡eh! ¡tú!, y cualquiera puede hacerlo. No se te exigirán estudios, argumentos ni labia, sino que tu camino hacia la gloria será corto. Aunque seas un ciudadano anónimo, bien un zapatero, bien un vendedor de conservas, un carpintero o un cambista, nada te impedirá ser admirado, con tal de que te acompañen el impudor y la osadía y aprendas bien a insultar.

COMPRADOR

Para eso no me haces falta tú. Pero a lo mejor con el tiempo llegas a marinero o jardinero y eso si él quiere venderte por esta suma de dos óbolos.

HERMES

Quédatelo. Nos deshacemos muy contentos de este tipo molesto y gritón.

ZEUS

Llama al otro cirenaico, al que va vestido de púrpura y con corona¹³. 12

HERMES

¡Ea, pues! ¡Atención todo el mundo! ¡Un ejemplar de lujo para el que hacen falta los ricos! ¡Ésta es una vida placentísima, una vida felicísima! ¿Quién desea la molicie? ¿Quién comprar lo más tierno?

COMPRADOR

Ven tú mismo y di de qué entiendes. Yo te compraré, si eres útil.

¹³ Sobre el fundador de la escuela cirenaica, Aristipo, cf. Diógenes Laercio II, 76 y ss.

HERMES

A éste no lo molestes, amigo, ni le hagas preguntas. Está borracho, así que no te podría contestar. Como ves, la lengua se le traba.

COMPRADOR

¿Y quién en su sano juicio compraría a este esclavo vicioso y disoluto? ¡A cuántas sustancias huele y qué inseguro camina y qué vacilante! Pero a ver, Hermes, di tú qué cualidades posee y lo que sea que ande buscando.

HERMES

En conjunto se le da bien hacer compañía, es un bebedor capaz y dispuesto a ir de fiesta con una flautista por su amo enamorado y libertino. Por lo demás es un experto en repostería y un experimentadísimo cocinero, así como un auténtico sabio en el disfrute. En efecto, se educó en Atenas, pero también sirvió en Sicilia a los tiranos y allí lo tienen en gran estima. En el capítulo de los principios, despreciar a todos, aprovecharse de todos, recolectar por doquier el placer.

COMPRADOR

Mejor que mires a otro de los ricos y de los acaudalados éstos. Yo, desde luego, no estoy dispuesto a comprar una vida de risa.

HERMES

Me parece, Zeus, que éste se nos queda sin vender.

ZEUS

13 ¡Cámbialo! Saca a otro. Mejor a esos dos, al risueño

de Abdera y al llorica de Éfeso. Quiero venderlos en un dos por uno.

HERMES

¡Bajad al medio! ¡Vendo dos vidas óptimas, las más sabias de todas son las que subastamos!

COMPRADOR

¡Zeus! ¡Menudo contraste! Uno no deja de reírse, el otro parece que está de luto. Al menos, llora sin parar. ¿Por qué? ¡Tú! ¿De qué te ríes?

DEMÓCRITO

¿Lo preguntas? De que todo me parece risible, vuestras preocupaciones y vosotros mismos.

COMPRADOR

¿Cómo dices? ¿Te estás riendo de todos nosotros y en nada consideras nuestras preocupaciones?

DEMÓCRITO

Así es. Ninguna de ellas es relevante, sino todo vano, mero movimiento de átomos e infinitud.

COMPRADOR

Pues no, aunque tú sí que eres vano y realmente infinito¹⁴. Pero ¡qué insolencia! ¿Es que no vas a dejar de reírte? Y tú ¿por qué lloras, amigo? Me parece que va a ser mucho mejor hablar contigo.

HERÁCLITO

Yo creo, extranjero, que los asuntos de los humanos son una lamentable calamidad y que nada en ellos dura. Me apiado de ellos y me aflijo, y lo presente

¹⁴ *Apeiros* significa «infinito» y también «inexperto».

no lo considero importante, pero lo que haya de ser en el tiempo venidero será siempre doloroso. Me refiero a la conflagración y la destrucción del universo. Por eso siento pena y porque nada hay inmutable, sino que, como en un cóctel, todo se mezcla y lo mismo es el encanto que el desencanto, el conocimiento que la ignorancia, lo grande que lo pequeño, todo da vueltas arriba y abajo y es reemplazado en el juego eterno.

COMPRADOR

¿Y qué es la eternidad?

HERÁCLITO

Un niño que juega, que juega a los dados, que se entretiene.

COMPRADOR

¿Y los hombres?

HERÁCLITO

Dioses mortales.

COMPRADOR

¿Y los dioses?

HERÁCLITO

Hombres inmortales.

COMPRADOR

¿Estás diciendo enigmas o proponiendo adivinanzas? Porque como Loxias¹⁵ nada lo aclaras sin más.

HERÁCLITO

Porque no me importáis en absoluto.

¹⁵ *Loxias*, «oblicuo», es epíteto de Apolo, dios del oráculo de Delfos.

COMPRADOR

Entonces a ti tampoco te comprará nadie en su sano juicio.

HERÁCLITO

Yo estoy llamado desde la juventud a llorar por todos, por los que vayan a comprar y por los que no.

COMPRADOR

Este mal tuyo no está lejos de la melancolía. Pero yo no voy a comprar a ninguno de estos dos.

HERMES

Se quedan sin vender estos también.

ZEUS

Subasta a otro.

HERMES

¿Quieres al ateniense aquél, al charlatán?

15

ZEUS

Estupendo.

HERMES

¡Tú, ven aquí! ¡Subastamos una vida buena e inteligente! ¿Quién compra al más sagrado?

COMPRADOR

Dime, ¿de qué entiendes más?

SÓCRATES

Soy pederasta y experto en asuntos amorosos.

COMPRADOR

¿Y cómo te voy a comprar yo? Si lo que necesito es un pedagogo para mi hijo, que es un bello muchacho.

SÓCRATES

¿Y quién sería más indicado que yo para estar con una bella persona? Pues no soy amante de los cuerpos, considero que lo bello es el alma. Naturalmente que si se acostaran conmigo bajo el mismo manto, oirías que a mi lado no les pasaría nada malo¹⁶.

COMPRADOR

No me creo lo que dices, que un pederasta no se ocupa de nada más que del alma, y eso incluso teniendo la posibilidad, con el otro acostado bajo el mismo manto.

SÓCRATES

- 16 Pues te juro por el perro y por el plátano que es así.

COMPRADOR

¡Por Heracles, qué dioses tan raros!

SÓCRATES

¿Qué es lo que dices? ¿No te parece que el perro sea un dios? ¿No has visto a Anubis en Egipto, cuán grande es? ¿Y en el cielo a Siro y allá abajo a Cerbero?

COMPRADOR

- 17 Tienes razón, me he equivocado. Pero ¿cuál es tu modo de vida?

SÓCRATES

Habito una ciudad que yo mismo he creado, y la gobierno bajo un régimen extranjero y establezco mis propias leyes.

COMPRADOR

Me gustaría escuchar uno de tus dogmas.

¹⁶ Como cuenta Alcibiades en el *Banquete* 219d platónico.

SÓCRATES

Escucha entonces el que me parece más importante, que es el referente a las mujeres: ninguna de ellas pertenece a uno sólo y cualquiera puede tomar parte del matrimonio.

COMPRADOR

¿Estás diciendo que has abolido las leyes sobre el adulterio?

SÓCRATES

Sí, ¡por Zeus!, y de este modo tan sencillo, toda minucia en torno a ese tema.

COMPRADOR

¿Y qué opinas de los niños en la flor de la edad?

SÓCRATES

También a estos podrán besarlos los mejores como premio por alguna acción destacada y audaz.

COMPRADOR

¡Oh, cuánta generosidad! ¿Qué es lo fundamental de tu sabiduría? 18

SÓCRATES

Las ideas y los modelos de las cosas existentes. Pues cuanto ves, la tierra, lo que está encima de la tierra, el cielo, el mar... son todo imágenes invisibles situadas fuera del universo.

COMPRADOR

¿Situadas dónde?

SÓCRATES

En ninguna parte: pues si estuvieran en alguna parte, no existirían.

COMPRADOR

No veo a qué modelos te refieres.

SÓCRATES

Naturalmente. Es ciego el ojo de tu alma. Pero yo en cambio veo imágenes de todo y un tú invisible y otro yo, y absolutamente todo doble.

COMPRADOR

Ya sólo por eso vale la pena comprarte, porque eres sabio y tienes una mirada penetrante. Vamos a ver, ¿cuánto me pides por él?

HERMES

Dos talentos.

COMPRADOR

Comprado por lo que dices. Sin embargo pagaré el dinero en otro momento.

HERMES

19 ¿Cómo te llamas?

COMPRADOR

Dión de Siracusa¹⁷.

HERMES

Anda, llévatelo y ¡buena suerte! Sin dilación te toca a ti, epicúreo. ¿Quién lo va a comprar? Es discípulo del risueño aquél y del borracho¹⁸, pero éste sabe más que ellos, porque resulta bastante más impío. Por lo demás, es agradable y amigo de la glotonería.

¹⁷ Tirano de dicha ciudad italiana y amigo personal de Platón.

¹⁸ Epicuro tomó el materialismo de Demócrito y el hedonismo cirenaico.

COMPRADOR

¿Cuál es su precio?

HERMES

Dos minas.

COMPRADOR

Ten, pero al fulano éste, para que me entere, ¿qué le gusta comer?

HERMES

Se alimenta de dulces y cosas con miel y, sobre todo, higos secos.

COMPRADOR

Ningún problema. Le compraremos pasteles de Caria.

ZEUS

Llama a otro, ése con el corte al cero, el malhumorado, el de la Estoa¹⁹. 20

HERMES

Dices bien. Parece que un gran número de los que han acudido al mercado le están esperando. ¡Vendo la virtud misma, la más perfecta de las vidas! ¿Quién quiere ser el único que lo sepa todo?

COMPRADOR

¿Cómo puedes decir eso?

HERMES

Porque éste es el único sabio, el único bueno, el único justo, valiente, rey, orador, rico, legislador y todo cuanto se puede ser.

¹⁹ Donde Zenón fundó su escuela.

COMPRADOR

¿Y entonces es el único cocinero, y por Zeus, también el único zapatero y carpintero y todo lo demás?

HERMES

Eso parece.

COMPRADOR

- 21 Ven, buen hombre, y dime a mí, tu comprador, quién eres y, antes de nada, si no te ves en venta y como esclavo a tu pesar.

CRISIPO

En absoluto. Esas cosas no dependen de uno. Y cuanto no depende de uno es indiferente que suceda.

COMPRADOR

No entiendo en qué sentido lo dices.

CRISIPO

¿Qué dices? ¿No entiendes que algunas cosas son preferibles y otras al contrario indeseables?

COMPRADOR

Tampoco ahora te entiendo.

CRISIPO

Normal. No estás acostumbrado a nuestra terminología ni tienes imaginación cataléptica, en cambio el estudioso que ha aprendido la teoría lógica no sabe sólo eso, sino que distingue *accidentes* de *paraccidentes* y cómo y cuánto se distinguen unos de otros²⁰.

²⁰ La representación cataléptica es la impresión del objeto en el entendimiento (Dióg. Laer. vii, 45-46). Con «accidente» traducimos *śymbama* y con «paraccidente», *parasśymbama*. En el vocabulario estoico estos términos designan tipos de predicado transitivo e intransitivo respectivamente.

COMPRADOR

Por el bien del saber, no te niegues a explicarme qué son el *accidente* y el *paraccidente*. De verdad, no sé cómo me ha conmovido tanto la sonoridad de esas palabras.

CRISIPO

Nadie se niega. Si un cojo, al tropezar con una piedra, se da un golpe imprevisto en aquel pie que tenía cojo, sin duda su cojera es un *accidente* y el golpe recibido un *paraccidente*.

COMPRADOR

¡Pero qué sagacidad! ¿Y qué más dices que sabes? 22

CRISIPO

Las trampas de las palabras con las que encadenó a los que discuten conmigo y los encierro y hago callar, poniéndoles sin más un bozal. El nombre de esta habilidad es un celebrado silogismo.

COMPRADOR

Por Heracles, te refieres a un silogismo invencible y poderoso.

CRISIPO

Vamos a ver. ¿Tienes algún hijo?

COMPRADOR

¿Y eso qué más da?

CRISIPO

Si lo atrapara un cocodrilo, que lo ha encontrado extraviado cerca de un río, y a ti te asegurara que te lo va a devolver en el caso de que aciertes a decir lo que tiene intención de hacer respecto a la

devolución de la criatura, ¿qué crees que es lo que tiene pensado?

COMPRADOR

Es una pregunta difícilísima de contestar²¹. Pues no sé si lo recuperaría por decir lo uno o lo otro. Pero, ¡por Zeus!, responde tú y sálvame al niño antes que llegue a tragárselo.

CRISIPO

Sé fuerte. Te enseñaré cosas todavía más asombrosas.

COMPRADOR

¿Cuáles?

CRISIPO

El «segador», el «señor», toda la «Electra» y el «velado»²².

COMPRADOR

¿Qué «velado» y qué «Electra» dices?

CRISIPO

La Electra aquélla famosa, la de Agamenón, que sabía y no sabía lo mismo a un tiempo. Pues cuan-

²¹ Cualquiera de las respuestas conlleva la muerte del niño, como explicara Juan Luis Vives: «¿Te devolveré el hijo o no te lo devolveré? Di la verdad, porque, de lo contrario, no lo recuperarás. Si dices que te lo devolveré, lo retendré, puesto que habrás mentido. Si dices que no te lo devolveré, lo retendré para que sea verdad, pues si te lo devolviera, sería falso y así, no obstante, lo habría de retener». (*Las disciplinas*, Tomo III, Parte 3^a: Las artes: El examen de la verdad: Libro II: La argumentación. Capítulo III: Las argumentaciones reflejas e insolubles, 2; trad. M.A. Coronel Ramos, Ajuntament de Valencia, 1997, pp. 270-1)

²² Remedio contra la locura.

do estuvo Orestes a su lado, todavía como un desconocido que traía los huesos de Orestes, ella sabía que Orestes era su hermano, e ignoraba que aquel era Orestes. Además vas a escuchar un razonamiento muy sorprendente del velado. Respóndeme: ¿conoces a tu propio padre?

COMPRADOR

Sí.

CRISIPO

Entonces, si te muestro a un hombre velado y te pregunto: ¿lo conoces? ¿Qué dirás?

COMPRADOR

Pues que no lo conozco.

CRISIPO

¡Pero si era tu padre! Así que si no lo conoces, está claro que no conoces a tu padre. 23

COMPRADOR

De eso nada. Porque al destaparlo sabría la verdad. No obstante ¿cuál es para ti la finalidad de la sabiduría y qué vas a hacer cuando hayas alcanzado el extremo de la virtud?

CRISIPO

Llegado ese momento me hallaré por encima de las necesidades naturales, me refiero a la riqueza, la salud y demás. Antes habrá hecho falta mucho entrenamiento aguzando la vista sobre libros de letra delgada y recopilando escolios y hartándose de solecismos y verbos infrecuentes. Y lo fundamental:

no es lícito convertirse en sabio, si no bebes tres veces seguidas el eléboro²³.

COMPRADOR

Noble y tremendamente esforzado lo tuyo. ¿Y ser un Gnifo²⁴ y un sórdido usurero —pues veo que esas también son cualidades tuyas— qué diremos, que es propio del hombre que ha bebido el eléboro y que es perfectamente virtuoso?

CRISIPO

Sí. La verdad, convendría que de hacer préstamos se encargara únicamente el sabio. Puesto que es propio de él hacer silogismos, y puesto que el prestar y el pensar los intereses está, me parece, cerca del pensar silogismos, sería cosa sólo del sabio tanto aquello como esto, y además no sólo recibirá intereses sencillos, como los otros, sino otros intereses diferentes. ¿Acaso ignoras que hay unos intereses principales y otros secundarios, que son los derivados de aquéllos? Mira cómo lo dice también el silogismo: si se recibe el primer interés, se recibirá también el segundo. Pero como el primero se recibe, en efecto se recibirá también el segundo.

COMPRADOR

- 24 ¿Y diremos lo mismo respecto de los sueldos que tú cobras a los jóvenes por tu sabiduría y que está

²³ Un Tartufo.

²⁴ Juego de palabras en el original. Hacer silogismos sería hacer cuentas, esto es, pensar.

claro que sólo el sabio va a cobrar un sueldo por su virtud?

CRISIPO

Vas aprendiendo. Pues no cobro en virtud de mis enseñanzas, sino por gracia del que paga. Porque el uno es derrochador, el otro ahorrador; yo me ejercito en ser ahorrador, y que el alumno sea derrochador.

COMPRADOR

Debería ser al revés. Que el joven fuera ahorrador y tú, el único rico, derrocharas.

CRISIPO

Muy gracioso tú. Pero cuidado no te alcance como una flecha el silogismo indemostrable.

COMPRADOR

¿Y qué de terrible se desprende de esa flecha?

CRISIPO

La aporía, el silencio y el retorcerse la cabeza. Si 25
quiero, raudo te demostraré que eres una piedra.

COMPRADOR

¿Cómo que una piedra? Me parece, amigo, que tú no eres Perseo²⁵.

CRISIPO

¿Cómo? Así: ¿La piedra es un cuerpo?

COMPRADOR

Sí.

²⁵ Que tenía la petrificante cabeza de Medusa.

CRISIPO

Y bien, ¿un ser animado es un cuerpo?

COMPRADOR

Sí.

CRISIPO

¿Y tú eres un ser animado?

COMPRADOR

Lo parezco, al menos.

CRISIPO

Entonces eres una piedra, porque eres un cuerpo.

COMPRADOR

En absoluto. Pero libérame, ¡por Zeus!, y conviértete de nuevo en hombre.

CRISIPO

No es difícil. Vas a volver a ser un hombre. Dime pues, ¿todo cuerpo es un ser animado?

COMPRADOR

No.

CRISIPO

Bien, ¿una piedra es un ser animado?

COMPRADOR

No.

CRISIPO

¿Tú eres un cuerpo?

COMPRADOR

Sí.

CRISIPO

¿Siendo un cuerpo eres un ser animado?

COMPRADOR

Sí.

CRISIPO

Entonces no eres una piedra, porque eres un ser animado.

COMPRADOR

Lo has hecho tan bien que ya se me estaban enfriando las piernas, como a Níobe²⁶, y se me ponían tíasas. Sí, sí, te voy a comprar. ¿Cuánto tendré que pagar por éste?

HERMES

Doce minas.

COMPRADOR

Toma.

HERMES

¿Lo compras tú solo?

COMPRADOR

No, por Zeus, yo y todos estos a los que ves.

HERMES

Sois muchos y de hombros fuertes, dignos del silogismo del segador²⁷.

Zeus

No te entretengas. Llama a otro.

26

HERMES

¡Eh, peripatético!, ¡te digo a ti, el apuesto, el rico!

²⁶ Metamorfoseada en una roca por el dolor ante la muerte de sus hijos, con la que Leto había castigado su soberbia.

²⁷ Cf. Nota 22.

¡Ven aquí! ¡Vais a comprar al más perspicaz, el que lo sabe absolutamente todo²⁸!

COMPRADOR

¿Cómo es éste?

HERMES

Moderado, dulce, adaptado para la vida y, lo mejor, doble.

COMPRADOR

¿Cómo dices?

HERMES

Por fuera aparenta ser uno, pero por dentro parece otro. Así que, si lo compras, acuérdate de llamarlo por un lado exterior y por otro interior.

COMPRADOR

¿Y qué es lo que conoce mejor?

HERMES

Que hay tres bienes, los que están en el alma, los que están en el cuerpo y los que están fuera.

COMPRADOR

Razona como una persona. ¿Cuánto cuesta?

HERMES

Veinte minas.

COMPRADOR

Eso es mucho.

HERMES

No, buen hombre. Éste parece tener de verdad algo de dinero, de modo que no te estarías apresurando

²⁸ Se trata de un representante de las doctrinas de Aristóteles.

si lo compraras. Y además con él sabrás en seguida y muy bien cuánto dura la vida de un mosquito, hasta qué profundidad ilumina el sol el fondo del mar y cómo es el alma de las ostras.

COMPRADOR

¡Por Heracles! ¡Qué precisión!

HERMES

¿Y si escucharas otras cosas mucho más penetrantes que éstas sobre la fecundación y el nacimiento y la formación de los embriones en el útero, y cómo el hombre ríe, mientras que el burro no puede reír ni construir ni navegar?

COMPRADOR

Todo lo que dices es de lo más respetable y las lecciones de provecho, así que lo compro por veinte.

HERMES

Sea.

27

ZEUS

¿Cuál nos queda?

HERMES

Queda el escéptico ese: ¡tú, Pelirrojo²⁹! ¡acércate y sal a subasta ahora mismo! Ya la mayoría se nos ha escapado y queda subasta para unos pocos. No obstante, ¿quién comprará a éste?

COMPRADOR

Yo mismo. Pero antes dime ¿tú qué sabes?

²⁹ *Pirras*, mote de Pirrón de Élida, el fundador de la escuela escéptica.

PIRRÓN

Nada.

COMPRADOR

¿Cómo dices eso?

PIRRÓN

Porque considero que no existe nada de nada.

COMPRADOR

¿Tampoco nosotros somos entonces nadie?

PIRRÓN

No lo creo.

COMPRADOR

¿Ni que tú eres alguien?

PIRRÓN

Sobre eso es sobre lo que más dudas tengo.

COMPRADOR

¡Ay, cuánta aporía! ¿Para qué quieres esas balanzas de ahí?

PIRRÓN

En ellas peso los argumentos y los corrijo para igualarlos, y cuando veo que son exactamente iguales y de idéntico peso, entonces y sólo entonces, ignoro cuál es más cierto.

COMPRADOR

Por lo demás, ¿qué te avendrías a hacer?

PIRRÓN

Cualquier cosa, salvo perseguir a un fugitivo.

COMPRADOR

¿Por qué no podrías hacer eso?

PIRRÓN

Porque, amigo, no lo alcanzo.

COMPRADOR

Normal. Pareces pesado y lento. Pero ¿cuál es para ti la finalidad del estudio?

PIRRÓN

La ignorancia y el no oír ni ver³⁰.

COMPRADOR

Así que ¿eres ciego y sordo, dices?

PIRRÓN

E irreflexivo además, e insensible y en nada diferente de un gusano.

COMPRADOR

Se te puede comprar por eso. ¿Cuánto te parece que debe valer?

HERMES

Una mina ática.

COMPRADOR

Toma. ¿Qué dices tú? ¿Acabo o no de comprarte?

PIRRÓN

No está claro.

COMPRADOR

Para nada. Pero te he comprado y he pagado el dinero.

PIRRÓN

No me pronuncio aún sobre eso y me pongo a pensarlo.

³⁰ Cf. Diógenes Laercio IX, 62 y ss.

COMPRADOR

Más bien te pones detrás de mí, porque necesito a mi sirviente.

PIRRÓN

¿Quién sabe si es cierto lo que dices?

COMPRADOR

El heraldo, la mina y todos los presentes.

PIRRÓN

¿Pero hay alguien más aquí?

COMPRADOR

Ya te convenceré yo mismo y con el peor argumento, cuando te ponga en el molino, de que soy tu amo.

PIRRÓN

No te pronuncies aún al respecto.

COMPRADOR

Pero, ¡por Zeus!, ¡si ya estoy más que decidido!

HERMES

¡Tú!, ¡deja de resistirte y sigue a tu comprador! Nosotros os emplazamos para mañana. Vamos a subastar vidas de personas anónimas, de trabajadores y asequibles.

El
bibliómano ignorante
es el tercer libro de la colección
Los agripianos. Compuesto en tipos
Dante, este texto se terminó de imprimir en
los talleres de EFCA por cuenta de ERRATA NATURAE
EDITORES en junio de dos mil nueve, medio siglo largo
después de que Allan Stewart Konigsberg, judío de
origen ruso-austríaco nacido en Brooklyn, firmara su
primer texto con el seudónimo de Woody Allen, y uno de
sus profesores de la Universidad de Nueva York le re-
criminase que aquello no era material universitario y
le recomendase que buscara cuanto antes ayuda mé-
dica especializada. Allan Stewart Konigsberg igno-
ró elegantemente ambas opiniones, pero se sabe
que un semestre más tarde abandonó definiti-
vamente las clases y comenzó a frecuen-
tar un gabinete psiquiátrico cercano a
Washington Square,
Manhattan.

